

**MARINONI, MIRIAM. (2005). VADE RETRO. CARACAS: BID & CO.**

Reseñado por Carlos Sandoval  
Universidad Central de Venezuela  
carlos.sandoval@ucv.ve

Entre músicos se suele emplear el término *peso* para definir la capacidad de un ejecutante. El redoble sobre el parche del tímpani no suena igual en todos los percusionistas: aunque se lea correctamente el pentagrama, sólo algunos logran el timbre exacto, esa vibrátil plasticidad cercana a la perfección. Así, se habla del *peso* del primer violín o de la tuba, del virtuosismo definido como un asunto de *peso* al momento de soplar la boquilla, de hundir las teclas, de ascender en la cadena de notas antes de precipitarnos en la armonía de la más pura de las formas: el timbre que recrea resonancias, no obstante su aparente falta de contenido.

Peso y resonancia, entonces, o peso que causa resonancias. No hay arte si una vez terminado el concierto, concluido el montaje, leída la novela, los sonidos –quiero decir: las palabras– no reverberan en los pliegues íntimos del espectador, en aquel lugar del cuerpo o de la memoria que algunos llaman el *alma*. No hay, pues, arte sin peso ni alma sin resonancias.

Cierta analogía permite comparar a las novelas con las edificaciones: la estructura de la obra, su división en capítulos, los materiales que sustentan sus aristas: los temas, los personajes, las metáforas que ayudan a construir el espacio imaginario. También, se habla de *piezas* narrativas contrapuntísticas, corales, polifónicas. Estarán de acuerdo en que es posible fusionar ambas perspectivas: una novela tiene aspectos musicales en su disposición argumental y mucho de arquitectura en el modo como se arma ante el lector. Un templo de aire, como la música: su materialidad depende de la mirada de quienes nos desplazamos por ella, vemos su forma al ir desgranando sus pormenores anecdóticos. Como en una sinfonía: comprendemos su sentido al juntar cada bloque melódico con las respectivas disposiciones armónicas y con cada una de las partes que integra el conjunto.

Peso y resonancia, armonía y melódica. Mucho de esto hay en *Vade Retro*, la primera novela de Miriam Marinoni. ¿La primera? No

sé si alcance a demostrarlo, pero estamos ante una obra cuyo estilo revela a una novelista que ha resuelto todos los problemas técnicos que atorran a cualquier principiante. Marinoni debuta, pero no es una escritora novel: sólo ha hecho público un texto largamente macerado, con una voz y un tono propios.

Un contrapunto. El doble movimiento que hacia el final converge para rematar con elegancia la pieza. La novela cuenta dos historias paralelas: el núcleo de los Volguer: Martin, Irene, Wolfrang, Victoria; y el de los Zavala: Gonzalo padre, Gonzalo María, el sacerdote, y la atribulada Jacinta. En torno de estos ejes se vinculan otros personajes accesorios o de relativa importancia: Guadalupe, el padre Aguirre.

Un contrapunto, asimismo, de países y ciudades, de barcos raídos y aviones que intentan atajar los recuerdos. No contaré la obra, por supuesto, pero aprovecho para atizarles la curiosidad: la novela se inicia con la aparatosa huida de Wolfrang rumbo al Perú, escapando de la invasión rusa, abandonando las tierras de Dunhau a causa del rápido desmoronamiento de un Tercer Reich que se proclamaba milenario.

La melodía de ese primer destierro marcará los compases (siempre en tono menor, ejecutando las desgracias sin pasajes melodramáticos) de los cuadros sinfónicos de *Vade Retro*; un destierro no sólo físico, sino espiritual: todos los personajes padecen de una curiosa manifestación de autismo: jamás revelan sus sentimientos, ni siquiera cuando de ello depende el proyecto de sus vidas. Se trata de una dolorosa variante de incomunicación: las palabras sólo sirven para mortificarse en solitario; torpe estrategia que no se verbaliza, que se queda en la mudez del remordimiento y en el inútil lamento por las cosas no dichas.

Este obstáculo comunicativo subyace en el título de la obra: el significado más llano de “vade retro” indica el rechazo de algo, apunta hacia la oposición, pongamos por caso, del pleno disfrute del amor. En realidad, hay pocas realizaciones amorosas en el texto. Antes bien, el padecimiento de esta rara enfermedad transitoria es la causa de graves e irresolubles equívocos.

Destierro, desamor, desencanto. Soledades. Aun cuando hay variados fragmentos en los cuales el humor y la ternura resultan

ostensibles, *Vade Retro* es una novela donde la soledad, por lo común mal llevada, se constituye en el tema principal de este contrapunto quizá terrible, pero auténtico. De allí sus personajes de hondas *resonancias*, inolvidables, estilísticamente bien acabados gracias a un trabajo de verdadero *peso* narrativo.

Tal vez me equivoco, acaso me dejo llevar por una fruición desencadenada por la lectura de una novela que, desde las primeras líneas, se adueña del lector. Sin embargo, me arriesgo: creo que en *Vade Retro* alienta eso que buscamos, de tarde en tarde, en nuestra última novelística: *la literatura*; creo que muchos pasajes de esta novela muestran la profundidad de una prosa capaz de acercarse al límite donde vida y arte se cruzan, esa tierra inexorable que es el cielo del escritor.

En fin, *Vade Retro* ingresa en el conjunto de la narrativa venezolana con el talante de obra bien escrita y mejor contada, y pone a su autora en el difícil reto de superarse a sí misma.